



NUM. 31. PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 1.º DE AGOSTO DE 1869. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO, AÑO XIII un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



sta semana política ha sido á beneficio según unos, y á costa, según otros, de los carlistas. Como quiera que sea, el nombre del *Esperado* ha tenido el monopolio de los carteles, y mal que bien, la función por tanto tiempo preparada en secreto, tuvo su principio en los famosos campos manchegos, con episodios varios en otras regiones y comarcas. Por más que unos la llamen *sainete* y otros verdadera pieza formal, ello es lo cierto que como cosa de teatro antiguo, protagonista de manto y corona, episodios de palos y cuchilladas y vestuario de boinas y margaritas, ha escitado la curiosidad de los más indiferentes y perezosos. Unos ven en estos primeros movimientos la necesidad de hacer algo ostensible por los compromisos contraídos; otros una muestra de la impotencia y locura de este bando; otros el principio de una guerra civil, y no falta quien vea con pesar un peligro inminente para las conquistas de la revolución, calculando que en España sucede siempre lo peor, y que no en valde se le llama el país de los vice-versas. Por una parte es bien extraño que antes de los diez meses de vida de una revolución, que echa abajo un trono constitucional, levante erguida la cabeza un bando que proclama la tradicional monarquía; mas por otra no debe sorprendernos que salgan al campo los que á ojos vistas se han estado alistando y equipando desde hace tiempo con ánimo de echarse por estos trigos de Dios á probar fortuna.

En resumidas cuentas, si algo nos faltaba, ya pareció, y por bien que anden las manos al gobierno ya tiene con qué entretenerse por un rato, que los carlistas no son hombres de soltar la presa al primer tirón.

La situación en Francia se complica de día en día, siendo ya definitiva la suspensión de las sesiones de las cámaras hasta una fecha indefinida. El emperador ha tomado esta resolución contra su voluntad, pues él opinaba por la inmediata re-apertura; mas los señores del margen le hicieron cambiar de propósito, fundados en profundas razones de misteriosa y alambicada diplomacia, que al cabo tal vez les salga hociocuda. En vista de esto el *tiers-parté* anda de reunión en conciliábulo tanto para reconstituirse como para redactar un manifiesto en estilo canta-claro. Los ultra-radicales acudieron á su recurso de la protesta, sin perjuicio de otras acciones que se reservan para en caso necesario, y los demás partidos políticos no han puesto buena cara á esta incomprensible determinación. La izquierda resolvió publicar un manifiesto y tuvo sus asambleas, pero no han podido avenirse los diputados que tienden hácia el gobierno parlamentario y los que desean un régimen democrático. De sus resultados cada representante saldrá pitando por su lado, excepto Julio Favre que se decide por la sublime elocuencia del silencio.

En este entreacto político, viene de molde la aparición de la biografía del emperador, escrita por Luis Ulbach, por otro nombre Ferragus, la cual empieza con la descripción de su fisonomía. Hablando de los ojos, dice el biógrafo, que indican mas imaginación que juicio, y todavía mas tinte de fantasía que de imaginación. No está muy bien el autor con que los hombres de estado lleven bigotes, y menos de la desmesurada longura que los del huésped de las Tullerías, puesto que los bigotes en su entender son cosa propia de caracteres vulgares, faltos de originalidad y nunca los gastan los hombres de genio. Según este escritor, Napoleón es no sólo *místico* por excelencia, sino un gran *fatalista*. «Yo no temo á los asesinos, dijo en 1855 al responder á un mensaje del Senado: porque hay seres que son instrumentos de la Providencia. Hasta que no haya cumplido mi misión no corre peligro mi existencia.» Finalmente, en concepto de Luis Ulbach, Napoleón es y será siempre un conspirador en su manera de obrar y de pensar, y aunque enemigo de

las discusiones se le van los ojos tras de todo lo que tiene el carácter de novedad.

En medio de esto ha comenzado la estación duelistista veraniega con el décimo-sesto desafío, y la circunstancia risible de haberse reunido en el campo de Montfermeil duelistas y padrinos con todos los requisitos y disposiciones necesarias para el acto, menos.... las armas.

La situación de Inglaterra en el negocio del bill de Irlanda ha sido oportunamente comparado con la invención de los globos cautivos. Los lores están en sumatoria por cortar las cuerdas, arrojar lastre é introducir gas para que se eleve á las nubes y se pierda de vista en las altas regiones, mientras que el pueblo apoderado de las cuerdas, pugna por tenerlo si no ya en tierra, á una conveniente distancia. Lo curioso es, que mientras en Francia, España é Italia se dá punto á los trabajos parlamentarios, los pares ingleses se hayan aprovechado de la canícula para estimular su frío temperamento y presentarse como nunca hostiles al pueblo. Sin embargo, el pase del bill es inevitable, pues de lo contrario ahí está la liga reformista que amenaza con sus demostraciones, por impedir las cuales son capaces los lores de desamortizar todas las iglesias del Reino-Unido.

Fuera de esto, que ya huele á trasnochado y añejo, el mundo político duerme la siesta en todas partes, porque do quiera se hace sentir la fuerza del que llamó Quevedo,

«Bermejazo platero de las cumbres,»

Todo lo avasalla y paraliza el furor del rubicundo. En París el calor abate, en Madrid sofoca, en Milan abrasa; en Florencia tuesta y toda Europa es un horno. Nuestro regente busca las nieves del Guadarama y de Fuenfría; Víctor Manuel vaga por los Alpes en las frescas comarcas de Valdieri; Bismark se solaza en su tranquila y solitaria quinta de Pomerania, soñando tal vez victorias sobre el Rhin; Guillermo de Prusia visita la Bohemia por sus aguas famosa y celebrada; el rey de Portugal se prepara á visitar la poética y encantadora Cintra, y Napoleón su Plombières y su Biarritz, no sin haber ya tomado el aire en las orillas de Berck-sur-Mer. Sólo los carlistas tienen agallas para moverse cuando tocan á reposo en el mundo político.

RECUERDOS DE ITALIA.

(CONTINUACION)

Entre nosotros, sin ser soberanos hay una gran parte de personas que siguen la costumbre de los príncipes, yéndose por recreo á gastar sus rentas á sitios favorecidos por las veleidades de la moda. Los que tienen el heroísmo de permanecer en sus hogares, y particularmente en Madrid, no pueden quejarse de falta de recreos, pues hay varios teatros, circo y lugares de esparcimientos cuyos empresarios se desviven por atraer al público. Sobre todo hay frecuentes conciertos instrumentales ejecutados por una orquesta que rivaliza con las mejores de Europa, bajo la dirección del maestro Skoedzopole, que hacen pasar la noche en un soplo en los elegantes y cómodos jardines del Buen-Retiro, y este es un regalo para las personas de refinado gusto.

Las noticias del Cabo de Buena Esperanza presentan á los indígenas en un estado que infunde serias alarmas. Despues de los tesoros que los ingleses han gastado en guerras promovidas para dar ascensos á sus oficiales ó para que los soldados no se apolillen en el ocio, les hace poca gracia tener que recurrir de nuevo á la bolsa para una guerra formal ahora que los señores cafres poseen armas de fuego y tienen sus escuelas de tiro ó por lo menos son grandes tiradores.

En materia de complicaciones y guerras extranjeras, sacando la del Paraguay, cuyas nuevas son ya viejas y conocen nuestros lectores por los telégramas, nuestra atención no podría fijarse mas que en Cuba, cuya suerte tanto nos interesa, y sobre la cual tiene tambien fijos los ojos la Union Americana. Y ya que de nuestra antilla hablamos, no podemos menos de notar un artículo de *La Iberia* en que respondiéndolo á otro colega sobre el rumor de que los Estados Unidos pretenden adquirir estas posesiones, rechaza patrióticamente la idea de que el gobierno haya pensado en tal cesion. Que tales sean los proyectos del gobierno de Washington parece indicarlo un artículo que no ha mucho publicó el *Times* defendiendo esta línea de conducta que juzga como la mas discreta, suponiendo que mas tarde ó mas temprano hemos de perder aquellos dominios. Se conocí que al hablar así no desmiente este órgano su positivismo característico; pero nosotros le aconsejaríamos que antes de entrometerse en vidas ajenas y en tratar de tales compras y ventas, pensase en preparar el espíritu público para devolvernos á Gibraltar hoy antes que mañana.

No concluiremos esta revista sin referir á nuestros lectores que el famoso Mr. de Lesseps, no contento con haber unido dos mares, se propone ahora crear uno nuevo. Parece que varios exploradores del Africa central habian indicado que el desierto de Sahara era el lecho de un mar antiguo que hizo desaparecer una convulsion de la naturaleza. Confiado en este aserto de hombres entendidos, Mr. de Lesseps envió, hace poco, á unos ingenieros para que examinasen la configuracion del suelo, y resulta de sus informes, que el desierto en cuestion, está en sus límites á unos 27 metros bajo el nivel del Mar Rojo, y que esta depresion va aumentando gradualmente hácia el centro. ¿Qué hacer en vista de esto? Pues es muy sencillo. Un canal de 75 millas de largo que ponga en comunicacion el mar y el desierto, y el agua se entrará en él como en su casa. De este modo se crea una comunicacion con el Africa central por océanos artificiales, y el globo se reforma. Quien hace un cesto hace ciento, dice el refran, y Mr. de Lesseps quiere que de él se diga: quien hace un canal, hace otro que tal. Manos, pues, á la obra.

NICOLÁS DIAZ BENJUMEA.

El señor Aparisi y Guijarro ha escrito y publicado un nuevo folleto con el título de *La cuestion dinástica*, en el que sostiene que el único que puede ser monarca restaurador es don Carlos de Borbon y de Este.

El comité nombrado para erigir un monumento al infortunado emperador Maximiliano, en Maxing, cerca de Heitzing, ha dirigido una circular convidando á hacer donativos para el efecto.

El día 20 del actual, aniversario del nacimiento de Goethe se inaugurará en Munich una estatua de este famoso poeta.

La congregacion del Indice de Roma, acaba de condenar el libro de Mr. Renau intitulado: *Las cuestiones contemporáneas*; el de Mr. Jacob, con el título de *La Biblia en la India*, y otras tres obras, una italiana, otra mejicana y otra canadiense.

El Liceo Romea celebrará el 10 del corriente, aniversario del fallecimiento del distinguido actor de este nombre, una variada funcion de la que formará parte la ejecucion de la comedia de don Ventura de la Vega, *El hombre de mundo*.

El camino desde la estacion á nuestro albergue era larguísimo. Los gondoleros continuaban de pie á cada lado de la góndola impulsándola con sus sendos largos remos y repitiendo sus agudos gritos. A cada paso una esquina, sobre cada esquina un puente, al pie del puente y á las puertas de la casa las escaleras de mármol, sobre el último blanco escalon el agua verdinegra, y bajo los arcos del puente y junto á las gradearias blancas, las góndolas negras cubiertas con sus largos paños pardos semejantes á los paños de un catafalco. El objeto mas necesario á la vida veneciana es la góndola, y la góndola es tambien el objeto mas triste. Imaginaos una elipse de madera negra con varios relieves: á uno de los extremos una inmensa alabarda dentada, cuyo acero brilla siniestramente y al otro extremo una especie de pequeña cola retorcida; en el centro como una tartana de Valencia el sitio de reposo, forrado por dentro de terciopelo negro, y por fuera de paño negro con borlas de seda; lleno de mullidos cogines de tafete, cerrado por cuatro ventanas con cuyos cristales, con cuyas cortinas, con cuyas persianas podeis comunicaros ó incomunicaros á voluntad; todo oscuro, todo triste, todo misterioso, todo romántico, invitando la vida á las aventuras, la imaginacion á las leyendas, pues unas y otras se desprenden como una consecuencia natural de todo cuanto os rodea, y sobre todo, de vuestra inseparable compañera la silenciosa góndola. Así Roma es la ciudad sublime, Nápoles la ciudad placentera, Florencia la ciudad académica, Liorna la ciudad mercantil, Pisa la ciudad muerta, Bolonia la ciudad música, Milan la ciudad civil, y Venecia la ciudad romántica. El Moro y el Mercader de Shakspeare, el Angelito de Víctor Hugo, los dramas de Byron han sido inspirados por estas sombras y tienen aquí, en estas góndolas, sus misteriosas cunas.

Hoy Venecia reúne á la poesía de sus artes la poesía de sus recuerdos y á la poesía de sus recuerdos la poesía de sus tristezas. Los palacios se caen, las estatuas bajan á pedazos de sus pedestales, las rientes figuras de sus cuadros se van como las mariposas al soplo del invierno. La herida que le causó el cambio del movimiento humano hácia otras regiones por la aparicion de América en el mundo y el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, esa herida que mató su comercio, no ha podido ser curada por su reciente libertad, porque la libertad no puede destruir las fatalidades geográficas. Venecia se muere. Sólo que en vez de morir como una prostituta, en los calabozos austriacos, muere como una matrona en el seno de su hogar y rodeada de sus hijos. Venecia cayó al pie de la cuna de América, como Ifigenia al pie de la cuna de Grecia. Los caminos de la humanidad están sembrados de víctimas, y el progreso no se exceptúa de esta ley necesaria. La vida se alimenta de la muerte. Pero no es por eso menos triste ver morir una ciudad cuyos Dux tuvieron la corona imperial de Bizancio tantas veces en las manos y la rechazaron por el gorro frigio de la vieja república; ver morir una ciudad cuya bandera ahuyentó á los turcos y despertó las fuerzas del comercio y del trabajo; ver morir una ciudad cuyas libertades son las más antiguas en la era cristiana, y que ella sola ha sido la Inglaterra de la Edad Media; ver morir á una ciudad que en sus copas de cristal, en sus banquetes báquicos, en sus voluptuosas serenatas, en sus sensuales cánticos, en sus guirnalda de coral y halgas trajo disuelto á nuestra vida el aroma inmortal del Renacimiento. ¡Cómo sentia en aquel viaje por las calles de Venecia no ser poeta, orador, ni escritor de algun mérito para lamentar con elocuencia la muerte de esta ciudad única en el mundo! Ideas de luto y desolacion sólo me habian inspirado los ataúdes flotantes, los palacios sombríos, las magníficas ventanas medio destrozadas, los monumentos medio ruinosos, el tortuosísimo laberinto de calles estrechas y de canales oscuros, las sombras que se dibujaban en los altos puentes, las separadas piedras de mármol lamidas por las olas, el ruido del agua, que parecia una lágrima cayendo sobre otra lágrima, y los gritos de los gondoleros me parecian un lamento repetido por otro lamento.

Pero en esto llegamos al gran canal, frente á la iglesia de la Salud, donde íbamos á alojarnos, muy cerca de la *piazzeta* de San Márcos. Su anchura es allí la anchura de un brazo de mar. Sus aguas son claras como si llevaran disuelta la luz del día. La fosforescencia que dejan los remos y la quilla dibujan por doquier largas cintas blanquecinas como rayos de luna. Al desembocar nosotros de los pequeños canales en aquella grande estension, varias góndolas se dirigian al Rialto iluminadas por faroles venecianos, sólo comparables á guirnalda de luminosas flores. Esta mágica iluminacion resaltaba en la oscuridad de la noche y se repetia en la transparencia de las aguas. De las góndolas salia un coro, armoniosísimo, solemne, acompañado por excelente música; acordes misteriosamente engrandecidos y dulcificados por la sonoridad del aire y de las lagunas. Despues de haber pasado aquella travesía, despues de haber hecho por la red infinita

de canales aquel viaje, en que Venecia semejava una de esas místicas ciudades pintadas por los artistas de la Edad Media en las paredes de los cementerios para representar el Infierno, al verme en el Gran Canal, en aquella larga serie de monumentos, sobre el agua trasparente, bajo el cielo clarísimo, descubriendo las iglesias de blanco mármol iluminadas como grandes montañas de nieve por los rayos de los astros, contemplando las góndolas que se deslizaban rápidamente, festin flotante consagrado al arte, oyendo aquella música, aquella armonía deliciosa en alas de los vientos de la misteriosa laguna, créime en la antigua Venecia, en la que traia las riquezas y los colores de Oriente, en la que prestaba los matices de Leonardo de Vinci, en la que se reia con la carcajada de Aretino, en la que llevaba, como un esclavo, el imperio de Constantino á sus pies, y, como una compañera á su lado, Grecia, la tierra de los poetas. Pero la serenata pasó, las luces se perdieron pronto en los recodos del canal, sumergiéndose la laguna en su profundo silencio, y las torres de las iglesias vecinas dieron el toque de ánimas con elegiaco lamento.

Al día siguiente faltábame el tiempo para ver Venecia. Confieso que una de las artes, á mis ojos mas maravillosa y espresiva, es la arquitectura. Sus piedras, reguladas por las ideas, como las notas de un cántico, ó como los miembros de un discurso, me inspiran siempre, cuando aciertan con sus armonías á espresar la belleza, un placer purísimo, intelectual. Las grandes líneas, los dilatados espacios, los ambiciosos arcos, las aéreas rotondas, las columnas con sus adornos, las galerías con sus lejos, los patios y los claustros sumergen á la mente en profundas meditaciones y espresan siempre el genio del siglo con su carácter simbólico. Yo gusto mucho de la arquitectura griega, de su sobriedad, de su austera sencillez, de su gracia infinita, de la facilidad con que espresan grandes ideas con pocos medios; y llega á la hermosura sin violentar sus formas, poniendo un ligero friso, cuadrado, sobre cuatro frentes de intercolumnios, cuyas armonías son tales que puede decirse cantan como un coro. Yo admiro tambien á los romanos que sobrepusieron los tres géneros de la arquitectura en sus monumentos como sobrepusieron las tres edades de la historia en su civilizacion y en sus códigos. Yo no olvidaré nunca la rotonda del panteon donde espiró el paganismo ni los arcos triunfales; puertas magníficas de la nueva edad del mundo. Sobre todo lo que el arte antiguo me inspira siempre es un culto infinito á la sencillez de las formas y á la naturalidad de la expresion. Pero este entusiasmo por el arte antiguo no excluye la admiracion por todos los géneros bellos de arquitectura. No hay cosa peor que el exclusivismo en las artes. Los arquitectos del pasado siglo en su odio por el gótico llegaron, aun los de mas gusto, á construir unos edificios grandes, pero mudos; mas que severos, rígidos, con la rigidez de la muerte. Hay arquitecturas que se distinguen por su sabiduría, por su perfecta sujecion á las leyes de la estática. Tales son la griega y la romana. Han pasado sobre ellas los siglos y ese otro elemento mas devastador todavia, las cóleras de los hombres; pero se han estrellado contra su imperturbable firmeza. Hay, sin embargo, arquitecturas que se distinguen por su expresion. Tales son la oriental y la gótica. Venecia se parece á Granada, en que Venecia tiene una arquitectura propia, exclusiva, nacida de sus particulares circunstancias históricas, y del ministerio único representado por ella entre el Oriente y el Occidente. Así como los granadinos, conservando siempre aquel carácter árabe que llegó á su perfeccion en la aljama de Córdoba, se acercaban al gótico; los venecianos conservando el carácter bizantino y gótico, general en la Edad Media, le arrojaban encima como un velo de oro las ricas preesas del Oriente. Así ha creado Venecia esa serie de monumentos que son el prodigio de los prodigios, por su variedad y por su riqueza. Si vais á examinarlas con el Vitrubio en la mano, con las reglas de Vignola en la mente, llevando la escuadra y el compás, sometiéndolos á un examen matemático, demandándoles obediencia ciega á las leyes de la estática, pronto á indignaros si veis que una galería está sostenida por un arazon de hierro, que una columna gruesa está sobrepuesta á una columna ligera como riéndose de los principios generales de la gravedad física; que una mole de mármol pesa, siendo como una montaña, sobre el encaje de una galería aérea y ligerísima; si ante todo y sobre todo poneis las matemáticas, no os pareis delante de esos edificios de la Edad Media que ante todo y sobre todo ponen la riqueza de la expresion, riqueza grande, inverosímil, como son inverosímiles todas las hipérboles, pero en realidad muy bella. ¡Cómo influye en las artes el medio en que se desarrollan! Venecia es una maga que obliga á los artistas á seguirla y les imprime su beso de fuego en la frente. Los arquitectos del siglo XV construyen edificios severos en Roma, al mismo tiempo que el gótico florido abre sus calados rosetones en toda Europa como las primeras flores del abril del Renacimiento. Y los arquitectos de Venecia á fines del siglo XVI y principios del siglo XVII, cuando el arte clásico todo lo ha avasallado, sin dejar de seguir su influjo, coronan los

frisos de sus monumentos, las cúspides de sus torres, las azoteas de sus palacios con joyas y cinceladuras esmaltadas siempre por el oriental carácter veneciano.

(Se continuará.)

EMILIO CASTELAR.

JOYAS Y ALHAJAS.

SIGLOS XVI Y XVII.

No bien subió al trono Carlos IX, cuyo reinado comenzó en 1560, reunió los Estados generales en Orleans para poner remedio á los abusos de los reinados precedentes. Las leyes suntuarias fueron renovadas y aumentadas. Se prohibió á las mujeres el uso de adornos de oro en la cabeza, á escepcion del primer año de casadas, y se prescribió que las cadenas y brazaletes no podían ser esmaltados, bajo la multa de 200 libras.

Esta y otras numerosas restricciones sobre el traje y los adornos quedaron sin efecto, y el lujo fue aumentando entre la inquietud y ansiedad del Estado. Los disturbios que agitaban el país, llamando la atención de las autoridades á otros asuntos, impidieron la compulsión al cumplimiento de aquellos edictos. El bello sexo aprovechaba todas las ocasiones que se le ofrecían de mostrar su soberano desprecio á la ley, á la razón, á la política, á las conveniencias del Estado, y en fin, á todo cuanto pudiera irles á la mano en el desenfreno de sus caprichos y vanidades, en las cuales á su vez no les iba en zaga el sexo feo.

Lo que se ha dicho del comienzo del reinado de Carlos IX, puede repetirse con igual motivo respecto del de su sucesor, que ascendió al trono en mayo de 1574. Empleó los dos primeros años de su reinado en la pacificación de los disturbios, y se creyó que finalmente lo había logrado cuando concedió á los protestantes la libertad de conciencia y facultad de practicar el culto de su religión, por el edicto de pacificación que se publicó en mayo de 1576. Entre los abusos que el rey trató entonces de reprimir era el lujo uno de ellos. El mal había tomado ya grandes proporciones; todas las clases se veían confundidas; el gran consumo había encarecido las materias, y el precio de las subsistencias se había elevado también proporcionalmente. Las ordenanzas de los reinados precedentes se renovaron con imposición de multas de mil coronas (escudos) al infractor. Se prohibió además á todos los *roturiers* que no hubiesen sido ennoblecidos, usurpar el título ó vestido del noble, y á sus mujeres el uso del traje y ornamentos propios de las *damoiselles*, y los vestidos de terciopelo.

Por una ordenanza de 7 de setiembre de 1577, aquel rey prohibió también muy terminantemente el dorado y plateado en madera, cuero, yeso, plomo, bronce, hierro y acero, escepto cuando hubiesen de servir para uso de los príncipes, ó para adornar libros devotos.

Iguales ó parecidas ordenanzas siguieron á las que hemos citado, con las minuciosas prescripciones de costumbre, sobre cuánta guarnición más ó menos se permitía en los vestidos, y si había de ponerse sobre las costuras ó en los ribetes, ó en alguna otra parte del vestido. La tranquilidad que produjo el edicto de pacificación, y que sólo una vez se interrumpió en el discurso de ocho años, con motivo de una guerra de pocos meses en 1580, concedió espacio suficiente para la consolidación del orden público. En las diferentes ordenanzas subsiguientes observamos que se fijó una particular atención en especificar la moda de los trajes y ornamentos de las señoras. Por ejemplo, las *dames* y *damoiselles* solteras (1) como también las mujeres de los consejeros, y sus hijas, mientras permaneciesen solteras, podían usar en la cabeza prendidos de perlas y piedras engastadas en oro esmaltado; pendientes, collares, agujas para el peinado, anillos, cadenas, brazaletes, cinturones, cuentas y guirnaldas, y broches, y botones en el frente de los vestidos, en las hombrecas y en las bocamangas, pero de estos últimos sólo se permitía una hilera.

El número de anillos que podían llevar las mujeres se especificaba también según los diferentes rangos.

Al paso que se contenía á las plebeyas en los costosos dispendios á que naturalmente no podían alcanzar sus medios, se dejaba á las nobles campo suficiente para estenderse en la satisfacción de sus caprichos. La boda de un tal de Vicour con una hija de Claudio Marcel, joyero favorito de Enrique III, fue honrada con la presencia de la corte en el palacio de Guisa, donde se celebró el día 8 de diciembre de 1578. El rey acompañó en una *entrée de ballet* acompañado de treinta princesas y señoras nobles vestidas de telas de oro y plata, y de seda blanca, ricamente prendidas de joyas de gran valor.

La cantidad de vajilla de oro y de plata, y el número de joyas, estaban en armonía con el rango y la fortuna de sus nobles poseedores, (y no como sucede hoy general-

mente,) y su uso le estaba reservado al jefe de la familia, así como las tierras feudales, con las cuales pasaban á los descendientes en toda su integridad. Cuando fallecía el rey, ciertos efectos de valor que era costumbre entregar á los asistentes por vía de gajes, los recobraba mediante su pago el príncipe heredero. La vajilla de los altos dignatarios de la iglesia, y su *pompa*, pasaban después de su muerte á ser propiedad de algun templo ó convento, que siempre tenían su tesoro abierto para recibir aquellos objetos. La vajilla y las joyas eran los últimos efectos de que se desprendía una casa ilustre en épocas de escasez.

Las damas favoritas de los monarcas franceses en el siglo que nos ocupa, contribuyeron eficazmente al desarrollo que adquirieron las artes en aquella época privilegiada. Francisca de Foix, condesa de Chateaubriand, y Ana de Pissclen, duquesa de Estampes, en el reinado de Francisco I; Diana de Poitiers, duquesa de Valentinois, en el de Enrique II y Gabrielle d'Estree, en el de Enrique IV, fueron todas mujeres de buen gusto y conocimiento del arte, y generosas protectoras del talento. Diana de Poitiers, especialmente, era la apasionada que con mas liberalidad disponía de su fortuna. Su castillo de Auet contenía una colección magnífica de obras maestras de oro, plata y pedrería. El recuerdo de la munificencia con que recompensaba á los artistas de talento, se conservó hasta mucho después que ya habían desaparecido por efecto del tiempo, que todo lo horra, los hospitales y otros establecimientos benéficos que ella había creado.

La estravagancia del lujo en joyas y trages, fue tan grande si no mayor en el reinado de Enrique IV que en el de sus predecesores. El rey en su gusto tendía á la sencillez, pero la suavidad de su condición y su debilidad por el bello sexo, le arrastraban á su pesar á pagar el tributo á la manía dominante.

Bassompierre nos refiere que en la ceremonia del bautizo de su hijo, sacó el rey un traje que costó 14,000 coronas: la hechura sólo subió á 600 coronas; la ropa era de tela de oro bordada de perlas. Había comprado también para aquel acto una espada, cuya guarnición y funda estaban adornadas con diamantes. El traje de María de Médicis para aquel día, estaba cuajado de adornos en los que entraron treinta y dos mil perlas y tres mil diamantes. Estaba tasado en sesenta mil coronas, pero tanto era su peso que la reina no pudo hacer uso de él.

En el bautizo del hijo de madama de Sourdis, que tuvo lugar el 6 de noviembre de 1594, Gabriela d'Estree se presentó vestida de raso negro, «tan recargada de perlas y pedrería,» dice l'Estoile en su diario, «que apenas podía tenerse en pie.»

El mismo escritor añade poco después, que «el sábado 12 de noviembre vió un pañuelo de mano que un comerciante de bordados de París había comprado para madama de Liancourt (Gabriela d'Estree), que debía llevarlo á un baile al siguiente día, cuyo precio se había convenido en 900 coronas al contado.»

La magnificencia de la corte de Francia no había llegado nunca al grado de esplendor que alcanzó durante la menor edad de Luis XIII. La numerosa nobleza allí residente, y la paz que disfrutaba la nación, eran motivos bastantes para impulsar el capricho á sus mas exageradas manifestaciones, en las que era recordado con desprecio el lujo de la corte de Enrique IV. Entonces fue cuando se introdujo el uso del oro en los carruajes, y el dorado en los edificios.

Los disturbios religiosos y las guerras civiles que surgieron en Francia en 1615 no solo sirvieron de obstáculo para que se llevase á efecto el saludable correctivo que hubieran producido los edictos publicados contra el lujo, sino que al propio tiempo que aniquilaban á la nación, servían de estímulo á la vanidad y á la ostentación. Los edictos eran ineficaces para reprimir los progresos del mal. Hasta los ricos, agoviados por dispendios ruinosos, echaban mano de los medios mas reprobados para proporcionarse recursos. La imitación es contagiosa, y la costumbre autoriza á la larga las cosas superfluas que en su origen se tuvieron por ridículas invenciones de unas cuantas personas estravagantes. Cuando una moda se ha extendido y echado raíces, hasta los mas comedidos la adoptan, después de haber declamado contra su estravagancia. Solo la autoridad y el ejemplo del soberano pueden prevenir los abusos de la moda y mantenerla dentro de límites prudentes.

Uno de los mas apasionados de las joyas á fines del siglo XVI y principios del XVII, fue el emperador Rodolfo II. Reunió una cantidad inmensa de piedras preciosas y las combinó tan artísticamente, que logró componer con ellas un paisaje tan bien imitado como pudiera hacerlo el arte de la pintura.

La conquista de Méjico y del Perú, terminada á fines del 1543, y el descubrimiento de las ricas minas de aquellos países, generalizaron el uso de los metales preciosos hácia principios del siglo XVII, hasta un punto nunca visto. El lujo, sin embargo, aumentando en la misma proporción, aquella abundancia de metales influyó en el alza de sus precios por el gran consumo que de ellos se hacia: el marco de oro se elevó de 140 libras á 320, y el marco de plata, de 19 libras á 25. Los edictos de Luis XIII reprimieron al fin algun-

tanto los excesos del lujo en el vestir, pero no evitaron que fueran necesarios otros encaminados contra los costosos gastos que se hacían en vajillas de oro y de plata.

Una larga esperiencia ha demostrado que las leyes suntuarias son las que caen mas fácilmente en olvido. No bien se publicaba un edicto, los artifices y comerciantes, alentados por la tendencia general al lujo, hallaban siempre un medio de eludir las prescripciones del legislador. Por muy ridículo que parezca el imperio de la moda, es lo cierto que su poder resiste las leyes mas sabias y mas fuertes. La nulidad de ordenanzas suntuarias que se publicaron durante el reinado de Luis XIV, demuestran hasta qué grado llevan sus progresos el lujo, las artes y el buen gusto en el país donde fija su asiento aquella deidad.

La pasión por la joyería y la bisutería no llegó nunca á tan alto grado como en los reinados de Luis XIII y Luis XIV. Causa verdadera admiración el considerar no sólo cómo podían obtener sino cómo podían distribuirse aquellas inmensas cantidades de joyas. La Francia que en otros tiempos fue la nación mas rica en este ramo, es probablemente hoy una de las mas pobres relativamente á su antigua opulencia. Las frecuentes revoluciones y las guerras civiles y extranjeras, han dispersado las mejores colecciones de joyas de las antiguas familias. De los nobles que por salvar la vida se veían precisados á espatriarse, pocos eran los que llevaban consigo sus alhajas, y los que lo hacían se veían al fin obligados á enagenarlas para procurarse el sustento. El hombre apenas hace uso de las alhajas en estos tiempos, y en verdad que esta abstención es digna de alabanza, porque se avendrian muy mal con el color oscuro y amaneradas formas de los trages modernos. Las joyas requieren los pintorescos rasos, terciopelos y brocados de los tiempos de Luis XIII y Luis XIV. Las reseñas de los actos de introducción de embajadores, pueden sólo dar una idea de los dispendios que hacían aquellos soberanos en cadenas de oro, medallones, diamantes, vajillas, cajas, anillos y otros objetos, siempre que se trataba de una recepción. De la correspondencia diplomática de aquellos tiempos se infiere que la negociación mas insignificante costaba á la Francia una suma enorme en presentes de aquel género, y que seguían su ejemplo en iguales casos todas las naciones de Europa. Sin embargo, aunque las arcas del Estado se vaciaban por esta prodigalidad, no por eso les era de provecho á las pocas personas en quienes recaía aquella munificencia, porque todo lo absorbían las infinitas atenciones y gastos que llevaba consigo el cargo de embajador. En cuanto á la ostentación que se desplegaba en la primera recepción de uno de estos, remitimos al lector á la descripción que nos da Lady Fanshan de la de su marido en la corte de España como embajador de Inglaterra. En el reinado de Luis XV, uno de los príncipes de Rohan, en su embajada á Viena, no sólo consumió sus enormes rentas, sino que además contrajo deudas por la suma de 600,000 libras.

J. F. y V.

UN DEBUT LITERARIO.

LEDIA, NOVELA POR LA CONDESA DE ***.

(CONCLUSION.)

III.

Acusaba un crítico al revistero Pedro Fernandez de que mojaba su pluma en bandolina y de que al morir la última duquesa de Alba, había depositado sobre su tumba, no la triste flor del recuerdo amistoso, sino la artística *confección* de un magnífico miriñaque. Y realmente, que inspirándose en la frivolidad que reina en el mundo de los salones, es fácil caer en estos y aun mayores extravíos; de los cuales, si ha conseguido salvarse la autora de *Ledia*, ha sido renunciando á escribir una novela de costumbres y pintando personajes muy bellos, muy simpáticos, muy agradables, pero que si en la *forma* se parecen mucho á los tipos sociales que pudieran representar en el *fondo*, son creaciones libres de la fantasía de la autora.

Espliquemos y ampliemos nuestro juicio acerca del punto que acabamos de indicar. En una novela de asunto contemporáneo, puede proponerse el autor pintar las costumbres de la época en que vive, y en tal caso los personajes no deben ser tipos individuales, sino representaciones individualizadas de la clase ó estado social á que pertenecen. Puede también prometerse relatar una serie de sucesos más ó menos dramáticos, pintar una pasión ó un estado del alma puramente individual, y entonces los personajes novelescos no deben ser considerados como tipos generales de la condición social á que pertenecen, sino como creaciones libres de la fantasía, y sólo se hallan sujetos á conservar en sus palabras y obras la verosimilitud artística que la lógica y la estética exijan de consuno.

Mucho se engañaría, según nuestra opinión, el que pretendiese juzgar á *Ledia* como una novela de cos-

(1) Una *damoiselle* era una mujer de sangre noble, ya fuese casada ó soltera.

túmbres. Seguramente que en sus páginas se respira la atmósfera de los aristocráticos salones, que allí está el lenguaje y las habituales formas del mundo elegante, pero dejando los detalles y penetrando en el fondo del argumento en *Ledia* desarrollado, puede decirse que sus personajes, que por sus trages parece que viven en el seno de nuestra sociedad del gran mundo, por sus sentimientos, por su ilustración, por su elevado temple de alma, solo existen en la privilegiada y poética fantasía de la autora de la novela.

Triste pero necesario es decirlo. Aquella marquesa de Molina, tan poéticamente apasionada y tan elegantemente poética; aquel duque de Ateca, cuya sagacidad corre parejas con la delicadeza de sus sentimientos; aquel ilustrado conde de Marcilla, cuya conducta toca en los límites del heroísmo; aquella prelada del convento de Santa Fe de Toledo, tan prudentísima en todas sus determinaciones: aquel Ernesto de Moncada tan poeta, *tan poeta*, que cree y espera, y toma en serio el amor, y no hace un casamiento de conveniencia, y vive como un anacoreta guardando fidelidad a la señora de sus pensamientos; todos estos personajes forman un armonioso conjunto, sus actos constituyen una bellísima fábula novelesca, pero una novela de pasión, de ningún modo una novela de costumbres.

Y no olvidamos que nuestra aristocracia de sangre pueda prestar los nombres de los duques de Rivas y de Frias, del conde de Toreno y del marqués de Molins, como una prueba de la ilustración y verdadera valía de los individuos que la forman; pero en frente de estos ejemplos individuales presentaríamos nosotros el ejemplo político, y por lo tanto más comprensivo y general, de los esfuerzos hechos por el partido moderado para formar un senado aristocrático, y que solo dieron por resultado la formación de una asamblea heterogénea en que siempre dominaban los *parvenus*, advenedizos que diríamos en castellano, sobre los nobles de antiguo abolengo.

Y lejos, muy lejos se halla de nuestro ánimo censurar a la autora de *Ledia* porque haya preferido fantasear una bella fábula novelesca en vez de convertir su inteligencia en máquina fotográfica y retratarlos a alguna marquesa verdadera de las que por esos mundos se encuentran, que seguramente no hubiese ter-



ESTATUA DE MENDIZABAL, EN LA PLAZA DEL PROGRESO.

minado las relaciones entabladas con el fin de casarse porque su futuro marido se distrajesa un poco con pasajeros galanteos, pues quizá, y aun sin quizá, haciendo interno examen de conciencia tampoco se habría hallado dotada de la constancia de Penélope, y siguiendo el mismo procedimiento fotográfico se verían transformados el simpático duque de Ateca en un viejo ignoranton y envanecido con sus pergaminos de los que fácilmente se encontraban más de un ejemplar en las antecámaras de las reales habitaciones cuando se hallaba habitado el palacio de la plaza de Oriente, y el poeta Moncada en su *coburguista* que estaría atento a ver la cotización que alcanzaba

sas ó las arengas políticas con las ficciones de la novela ó del drama neo-católico ó socialista.

Así un esclarecido escritor dramático, neo-católico por supuesto, para combatir el matrimonio por interés, nos cita el dicho vulgar de que cada hijo que nace trae un pan debajo del brazo, y pone el matrimonio por puro amor y sin mirar el porvenir, como la base sobre que debe levantarse el ideal de la familia; y en otras obras dramáticas combate el desafío por medio de sermones predicados por una buena señora; y la filosofía por una serie de gracias desgraciadas que en alto grado descienden de su privilegiado ingenio.

Por otro lado los escritores socialistas nos describen

su... divino estro en el mercado amoroso, ó que navegando en los mares de la política aspiraría a hacer la felicidad de la nación desde un gobierno de provincia, si era modesto, ó desde la histórica silla de espaldas de un ministerio, si sus aspiraciones eran más altas. Estas transformaciones convertirían la obra de la condesa de *** en una novela de costumbres contemporáneas, que podría ser muy bella si estaba bien pensada y bien escrita, pero que seguramente no dejaría una impresión tan agradable como la que produce la lectura de *Ledia*, cuya artística concepción parece el poético ensueño de un alma apasionada de todo lo bello y de todo lo noble que encierra la naturaleza humana.

IV.

Vamos a concluir estas rápidas consideraciones, no Juicio crítico, acerca de la primera novela publicada por la condesa de *** señalando la excelencia que a nuestros ojos más la avalora. Es costumbre muy extendida entre nuestros autores contemporáneos de amena literatura, lo mismo los dramáticos que los novelistas, pretender convertir el teatro ó la fábula novelesca en cátedra doctrinal, y darnos en cada una de sus obras a modo de un apólogo, de que precisamente ha de deducirse una consecuencia moral. Siguen principalmente esta estraviada tendencia los escritores neocatólicos y los socialistas. Y es natural que así suceda, pues fundándose ambas escuelas políticas en una lamentable confusión entre la moral y el derecho, llevan a las esferas del arte una confusión muy semejante, y producen esas obras en que se mezclan en inarmónico conjunto las predicaciones religio-

en sus novelas espantables aventuras de seres perfectamente buenos que á causa de las injusticias sociales llegan á ser rematadamente malos, y de aquí deducen que el hombre es excelente y la sociedad, que está compuesta de hombres, imperfectísima y detestable.

Así se desconoce la independencia del arte y se olvida que la belleza lleva en sí misma su propia ley moral, pues si en contra de esta doctrina se tratase de presentar los ejemplos de *Don Juan Tenorio* de Tirso de Molina, del *Fausto* y el *Werther* de Goette, y del *Martín* de Byron, personajes estéticamente bellos y cuya inmoralidad no es dudosa, nosotros contestaríamos que lo que cautiva el ánimo en estas creaciones artísticas no son sus extravíos, sino la altura de su inteligencia ó la poderosa iniciativa de su voluntad; cualidades que si allí se hallan aplicadas al mal, no por esto dejan de ser las mas sublimes dotes que hallarse pueden en la naturaleza humana. El Satanás de Milton, que es otro ejemplo, que contra esta doctrina, suele citarse, si tiene la grandeza de la desencadenada tempestad, también tiene su horror sublime; y en la obra del gran poeta inglés aparece como artístico contraste entre la grandeza desordenada de la personificación del mal y la armonía eterna del supremo bien, personificado también en la idea de Dios.

Dicho esto, ya se comprenderá cuánta es nuestra satisfacción cuando vemos obras literarias en que se respeta la independencia del fin estético, como sucede, por ejemplo, en *Un drama nuevo* del señor Tamayo y Baus, y en la novela de

que ahora nos ocupamos. La autora de *Ledia* ha tenido el buen gusto de no intentar repetiros la ya sabida verdad de que debemos ser buenos, y limitán-

cuadro donde apenas hay sombras; y que su argumento tiene.....

—Basta de crítica, señor Aristarco, pues para aquí-

dose á trazar una fábula estéticamente bella, ha conseguido mover los sentimientos elevados del corazón, sin dogmatizar inoportunamente sobre los fundamentos del bien obrar: *Sursum corda*, tal es el fin mas elevado de la bella literatura.

Aquí habíamos terminado este artículo, pero habiéndoselo leído á uno de nuestros mejores amigos se entabló el siguiente diálogo:

—¿No tiene ningún defecto la novela de la condesa de ***, pues observo que ninguno señalas?

—¿Que obra humana no tiene defectos? Pero ¿qué quieres? Cansado de ver ese diluvio de malísimas novelas que ha producido nuestra literatura contemporánea; esas novelas que aun pagándose á dos cuartos la entrega de diez y seis páginas aun son escandalosamente caras, *Ledia* ha aparecido ante mis ojos como una flor en medio del desierto, y al hablar de ella he temido deshojarla si aplicaba á su examen todo el rigor de la crítica. Fernán Caballero ya apenas escribe, la señora Sinués de Marco y el señor Fernández y González escriben demasiado; alentemos, pues, á la condesa de *** para que cultive un género literario en el cual muestra felicísimas disposiciones.

—Convencido en parte; pero yo también he leído á *Ledia*, y creo que á pesar de sus bellezas, bien se podría decir con justicia que siendo sus personajes, aunque en distintos grados, todos buenos, resulta un



DON CONSTANTINO ARDANAZ.



LA CAZA DEL CORZO.

latar debidamente el valor literario de la novela de la condesa de ***...

El resto del diálogo no hay para qué referirlo en la presente ocasion.

LUIS VIDART.

SIGILLOGRAPHIA.

(SELLO DE DON ALONSO PEREZ DE GUZMAN, QUINTO DUQUE DE MEDINA-SIDONIA, EN 1513.)

Mi bondadoso y excelente amigo señor don Antonio Martin Gamero :

TOLEDO.

No recuerdo si en alguna biblioteca ó museo público ó privado de su pais de usted, existe coleccion de empreintes y de sceaux...

En París, tanto el Museo Paleográfico como el Hotel-Cluny, encierran gran riqueza en esta rama de la arqueologia...

Las frecuentes revueltas políticas y sociales de esa península, ofrecen siempre opima cosecha de adquisiciones á los gabinetes de curiosidades de Europa...

En diciembre de 1868, hallándome en Amsterdam, compré algunos manuscritos españoles pertenecientes á los siglos XV y XVI...

El impecable estado de este tosco bajo relieve que á los 356 años de su estampacion, parece acabado de sellar, me incita á escribir á usted la presente carta...

La forma del sello es circular y mide 71 milímetros de diámetro: ocupa el centro el conocido blason de los Guzmanes...

En campo azul son dos calderas De color amarillo y colorado Llevando por asas sierpes fieras...

Hállase orlado con los castillos y leones de la casa de Niebla; tiene por timbre corona de conde y sobre ella, á modo de cimera, un niño dormido sobre lecho de nubes...

LA · PIEDRA · Q · REP·VARON · LOS · EDIFICA· DORS · IA · ES · HECHA · CABEÇA · D · ANGULO · I · HISOLO · EL · SER·

No hay duda en que esta es una traduccion de los versículos XXII y XXIII del Salmo CXVII, ó de cualquiera de las aplicaciones hechas por el Salvador en los evangelios...

Lapidem, quem reprobaverunt edificantes, hic factus est in caput anguli: A Domino factum est istud, de la Sagrada Escritura, al caso concreto que nos ocupa...

Don Juan de Guzman, III duque de Medina-Sidonia, conquistador de Melilla, que con su padre don Enrique se halló en el cerco de Granada...

Isabel de Velasco, hija del conde de Haro, y de este enlace nacieron don Enrique de Guzman, que fué IV duque de Medina, y doña Mencía de Guzman...

Mozo de muy corta edad (aunque ya casado con doña María Giron) era á la muerte de su padre, y como tal circunstancia lo imposibilitaba para el gobierno...

Tiempos eran aquellos (como lo son estos y lo serán todos) en que el derecho de la fuerza valia más que la fuerza del derecho: no bastaba contar con la justicia si no se hallaba amparada con las picas y arcabuces...

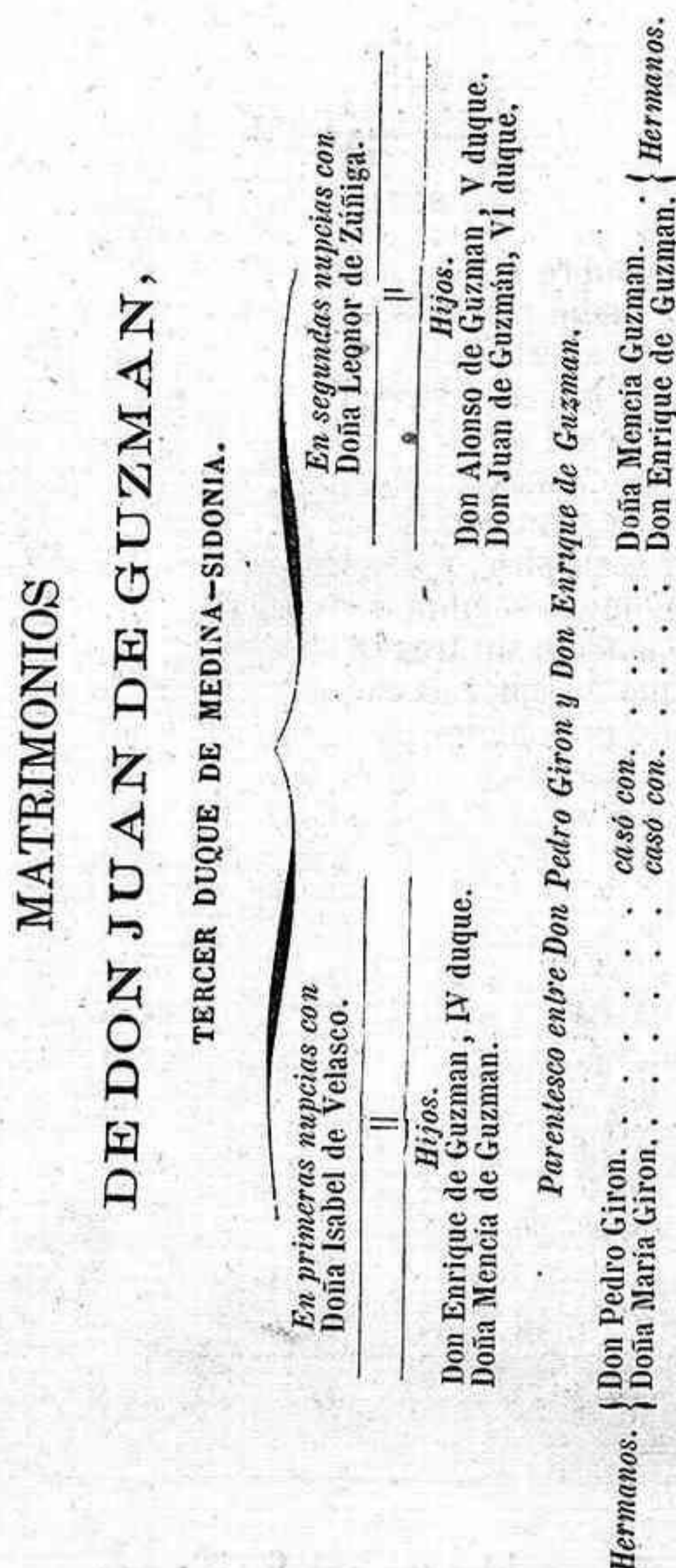
Semejante proceder era á todas luces injusto y violento. Los bienes de los Guzmanes se hallaban vinculados y los primogénitos eran los llamados á la sucesion...

(1) Poseo, marcado con el número 297 de mi coleccion, el sello del tercer duque don Juan, en documento del año 1505. Va estampado en cera morada, mide 56 milímetros de diámetro...

† IOAN · GVS · MAN · METINE · SIDONIA · DVX · COMES · NEBOR · DOMINS · GIBRALTAR

La forma especial de este elegante y bien grabado sello, le hace carecer de corona, timbre, cimera y lambrequines.

(*) Para la mas fácil comprension de los enlaces, sucesiones y parentescos apuntados en el texto, formo la siguiente sinopsis:



La duquesa viuda doña Leonor de Zúñiga, vivia retirada en Sevilla con sus hijos sin fundada esperanza de que alguno de ellos llegase á poseer los estados de su difunto marido...

El rey envió mandamientos al usurpador para que dejase libres los pueblos que habia conquistado aperebiéndole con aprestar gente de guerra para hacérselos soltar y para castigar su persona en caso de desobediencia...

¿Y fue el amor de madre y el sentimiento de la equidad y de la razon lo que movió á doña Leonor para trabajar con tanto afan en favor de su hijo Alonso? Creo que no...

Hé aquí por qué doña Leonor de Zúñiga, viendo logrados sus deseos y hallándose convertida de hecho y de derecho en duquesa de Medina Sidonia, tuvo la disculpable y mujerial vanidad de estampar en el blason de su desdichado hijo aquellas palabras de la Sagrada Escritura...

En 1513 falleció la tutora: desde esta fecha hasta 1518, dicen los cronistas, que reinó gran desorden y confusion en el régimen del ducado: de hecho lo gobernaba don Juan y de derecho tenia la dignidad de duque el imbécil don Alonso...

Seguido proceso sobre la nulidad de este casamiento, la joven doña Ana salió virgen del tálamo de don Alonso para entrar en el de su hermano don Juan: al recibir este tan rica hembra con aprobacion del Pontífice, recibió tambien por orden del emperador Carlos V los estados y títulos de Niebla y de Medina...

que era su hermano, lo trataron con amor y cariño, *sentándolo a comer a su misma mesa, é teniéndolo en su mismo palacio*; á su muerte le hicieron espléndidos funerales y le dieron la muy honrada sepultura, que aun hoy día subsiste y yo he visto, en la iglesia de Santo Domingo de Sanlúcar de Barrameda.

Terminado mi relato permítame usted añadir algunos renglones, pues por ellos no ha de ponerse el cuervo más negro que las alas. Fijese usted, amigo mio, en las personas mentadas en esta carta: fijese usted, en don Pedro Giron, en el mismo que por enemiga al rey de Castilla, á causa de los sucesos indicados, se arrojó luego á la banda de los comuneros queriendo ocupar el puesto de Juan de Padilla, y engañando por último á los defensores de las libertades españolas: note usted á todo un monarca castellano y á todo un príncipe como el duque de Arcos mendigar casamientos como quien mendiga una soldada; advierta usted por último el juicio que merece la conducta de doña Leonor de Zúñiga, quien por particular interés hizo ceñir la corona ducal á las sienes del idiota don Alfonso de Guzman.

Creo, señor don Antonio, con un escritor español, «que las virtudes y los vicios de la humanidad, ni crecen ni menguan; únicamente varían de forma como el traje y la materia:» hombres leales y hombres malvados existían antes bajo la doble armadura ó bajo la fuerte malla, iguales en un todo á los que hoy visten casacas bordadas y chalecos de seda.

Hago esta advertencia, pues reparo que ustedes los españoles son más inclinados que otras naciones de Europa á pensar bien de sus antiguos magnates y á considerarlos casi siempre rodeados de cierta aureola de honradez, de caballerosidad y de acendrada fe religiosa. Creo que esto consistirá en el carácter generoso y poético de sus paisanos de usted, y en la especie de óptica moral que resulta al contemplar sucesos y personas al través de los siglos. Presumo que de la mayor parte de los próceres españoles contemporáneos del rey don Pedro I; de los de la época de don Juan el II de quienes escribía Fernán Gómez, *hártelos Dios que el rey no podrá*; de los señalados en esta carta y de otros muchos de los tiempos pasados, puede decirse con mi amigo el insigne crítico Prosper Mérimée, que sólo les han faltado *des lettres et du génie pour le disputer en scélératesse à César Borgia lui même*.

Suplico á usted que mida mis impertinencias con la vara de la misericordia, que salude á nuestro excelente don Eduardo de Mariátegui y que cuente con todo el afecto de su amigo Q. B. S. M. y de verdad le quiere,
DOCTOR THEBUSSEM.

Wurtzbourg 20 de julio de 1869.

DON CONSTANTINO ARDANAZ.

El ministro de Hacienda actual, cuyo retrato ofrecemos en este número, ha sido una de las personas que vienen figurando en nuestra política, más por sus conocimientos especiales y servicios prestados en la administración, que por fanatismo y pasión por opiniones. Nacido en Bilbao y dedicado á la carrera de ingeniero civil, que estudió con aprovechamiento, ha desempeñado varios puestos importantes en el ministerio de Fomento, y en varias comisiones facultativas, en las cuales, así como en el Congreso, se ha distinguido por su actividad é ilustración, particularmente en cuestiones de hacienda en que siempre tomó parte, mostrando conocer á fondo este dificultoso ramo de la gobernación pública. Según su reciente circular de 24 de julio, promete presentar á las Cortes una serie de medidas que han de encaminarse á buscar la solución de los problemas más graves de nuestra hacienda.

LA CAZA DEL CORZO.

Nuestra lámina representa la presa hecha por los cazadores de un joven corzo á juzgar por los pitones que ostenta en su cabeza. Esta caza, una de las más interesantes que se hacen con ayuda de perros, requiere gran práctica y conocimiento en los aficionados, no porque sea peligrosa, sino por la rareza de hábitos é instintos de la familia cerval. Para estas cacerías los aficionados han de estar en el campo muy de mañana, y saber escoger los cantones que deben explorar. El ciervo se deja ver mucho en la época de los renuevos y es un verdadero poltron en el resto del año, aunque como animal salvaje cambia de domicilio con las estaciones, y aun á cada variación de temperatura. En otoño busca las gargantas, los valles húmedos y frescos y los zarzales que vegetan bajo los acopados y frondosos árboles. A los primeros fríos busca los sotos situados sobre colinas expuestas al mediodía, y cuando el invierno es rigoroso vuelve á los parajes hondos y cubiertos de malezas. Este animal no puede cazarse cuando al oír los ladridos y el sonido de la corneta atraviesa por delante del cazador, porque lleva la velocidad del rayo y es como una sombra; lo cual no quita

que á lo corredor reuna lo precavido puesto que corre rasando la tierra, y para matarle sería necesario tirar á un pie de distancia de su hocico. Según los cazadores experimentados, para matar gamos no se necesita de munición gruesa, sino de mediana, para que produzca hemorragia interna que les acelera la muerte mientras que la que lo traspasa de parte á parte dá doble salida á la sangre y retarda la muerte. Una vez cazado el corzo, hay que quitarle inmediatamente los intestinos, los pulmones, el hígado, los riñones y todas las demás partes que denominamos entrañas. El plato favorito de los cazadores al volver al hogar, es un guiso hecho con las asaduras tras del cual suelen comerse los dedos. Es de rigor que las tripas y los intestinos sean regalo de los perros y aun los pulmones, prodigalidad que sabe agradecer muy bien la raza canina con la cual no es perdido ningún beneficio que se le haga.

ESTATUA DE MENDIZABAL

EN LA PLAZA DEL PROGRESO.

El mismo día en que tuvo lugar la promulgación del código político, se verificó en Madrid la inauguración de la estatua de este eminente repúblico, el primero de los patricios á quien la nación española ha concedido el alto honor de poner sobre pedestal casi en vida y sin confiar este obsequio á las generaciones venideras. En efecto, poco después de su fallecimiento el partido progresista que le contaba entre sus maestros y directores concibió la idea de erigirle una estatua, y pagarle en moneda de gloria lo que la nación quedó en deberle, que no fue poco. Llamóse á concurso de artistas escultores y fue aprobado el modelo del señor Gragera por la comisión primitiva formada en el bienio y de la que formaban parte, entre otros, el general San Miguel y don Pascual Madoz. Cambiado el curso de la política, cambió naturalmente la marcha del proyecto, por razones que son fáciles de comprender, y como por decreto se prohibía erigir estatuas, como quien dice, están aun calientes las cenizas de los agraciados, fue preciso aguardar á mejor ocasión, después de acaloradas é infructuosas luchas y discusiones.

Esta ocasión llegó, y uno de los primeros acuerdos de la Gaceta revolucionaria se refería á este punto por tantos años en suspenso. Al fin la estatua fue sacada de la oscuridad en que yacía é inaugurada pública y solemnemente en el día referido, en el cual adornaban la plaza multitud de gallardetes y banderas.

A las once de la mañana se presentaron el poder ejecutivo, el ayuntamiento, la diputación provincial y otras autoridades y corporaciones, y levantado el velo que cubría la estatua, el señor Rivero pronunció un breve cuanto sencillo y elocuente discurso relativo al acto, concluyendo el señor Madoz con una especie de breve historia de los principales servicios prestados á la causa de la libertad y del progreso por Mendizabal, y un conciso panegírico de sus virtudes y patriotismo.

A UN LUCERO.

SONETO.

Siempre me dices, cándido lucero,
que nadie por tu lumbre ha suspirado;
que la suerte fatal, te ha condenado
á vivir sin un dulce compañero.

¡Fuente de claridad! ¡rico venero
de la luz más hermosa que ha brillado!
Yo me siento en tus llamas abrasado,
por tí suspiro, y de ternura muero.

Como la sombra de tu ser, camino,
haciéndote sin tregua compañía,
y que mi amor desdeñas, imagino
No prolongues más tiempo mi agonía;
ven, y confunde tu esplendor divino
con el fuego que ahenta el alma mía!

FEDERICO UTRERG.

Un vapor llegado á Suez últimamente trae á bordo unos treinta jóvenes annamitas, enviados por sus padres para que reciban en Francia su educación.

En la semana pasada se han verificado dos nuevas ascensiones al Mont-Blanc, la primera de ellas por un inglés que ya ha repetido esta hazaña seis veces y siempre en interés de la ciencia. Es probable que el club Alpino publique las nuevas observaciones de estos exploradores.

HISTORIA DEL CAMBISTA DE BAGDAD.

CUENTO INÉDITO SACADO DE LAS MIL Y UNA NOCHES, Y TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL IDIOMA ÁRABE AL CASTELLANO, POR DON J. J. SIMONET.

(CONTINUACION.)

«Tomé el dinero de sus manos, oh emir de los creyentes, y proseguí como antes en comidas, bebidas y compañías hasta que se consumieron los cinco mil dinares. Amonestábame mi madre, pero yo no atendía á sus amonestaciones. Mas en cuanto se acabó el dinero, dije á mi madre:—«Yo quiero vender la casa.»—Replicó ella: «¿Por ventura no me la habías vendido? ¿Pues cómo juzgas lícito el venderla por segunda vez?—No prosiga usted, insistí, que es forzoso venderla.»—Dijome: «Te la compraré con una condición.»—Entonces sacó otros cinco mil dinares, y me los entregó á condición de que ella administraría mi negocio en persona.

«Convine en ello y mi madre buscó á los antiguos dependientes de mi padre, y les dió á cada uno de ellos mil dinares y á mí me dió cinco mil. Entonces me establecí en mi tienda, y empezaron á venir todos mis amigos, y vendiendo á unos y comprando á otros, ví con placer aumentarse mis ganancias y crecer mi hacienda. Y cuando me vió mi madre en tal situación, me sacó unos azafates llenos de aljófara y de vasos de oro y plata. Dentro de poco volví á recobrar mis antiguos bienes y más; y en tal estado permanecí algún tiempo hasta que quise ver la tienda que tuvo mi padre en la plaza del cambio; y como me agradase, me trasladé á ella con todas mis alhajas, y fue mi ganancia allí mayor que la de antes.»

II.

«Estando cierto día sentado en mi tienda, oh Emir de los creyentes, hé aquí que entró una joven doncella, la más hermosa de aspecto que jamás víeron mis ojos, y dijo:—«¿Es esta la tienda del xeque (1) Abulhazan Aljorasani?»—«Sí, la dije.»—Y volvió á preguntar: «¿Y dónde está él?»—«Yo soy.»—Y quedó atónito, oh Emir de los creyentes, y me faltó la cabeza al ver tanta hermosura y tanta gracia. Sentóse ella y me dijo:—«Mándale á tu mancebo que cuente trescientos dinares.»—Se lo mandé al mancebo, el cual los contó y se los entregó á ella, que los recibió y se marchó.»

«Quedé estupefacto, y me dijo el mancebo:—«¿Por ventura la conoces?»—«No, por Allah,» le respondí. «¿Pues por qué me dijiste: cuéntale esa cantidad?»—«Por Allah, que no pude contenerme ni dominarme; tanto me deslumbró su belleza.»—Levantóse el mancebo y la siguió sin conocimiento mio, mas luego volvió llorando y trayendo en su rostro las señales de una bofetada y un golpe.—«¿Qué te pasa?» le dije.—«Seguí á la muchacha, me respondió, para ver á dónde se dirigía; y luego que reparó en mí, se volvió y me sacudió esta bofetada, que poco me faltó para que se saltase un ojo.»

«Un mes estuve sin verla, oh Emir de los creyentes, aunque cautivado por ella; la veía todas las noches en el sueño. Mas pasado el mes, entró de repente y me saludó y poco me faltó para enloquecer de alegría y regocijo. Preguntóme ella cómo lo había pasado, y añadió:—«¿No te ha ocurrido decir quién será esa peardista que ha cogido mi dinero y se ha ido con él?»—«Por Allah, la contesté, ¡oh señora mía! mi dinero y mi persona, todo es tuyo.»—Entonces descubrió su rostro para refrescarse, y el adorno se estremeció sobre su pecho. Pasado un rato me dijo:—«Cuéntame trescientos dinares.»—Dijela: «Oyendo y obedeciendo.»—Y la conté el oro, lo tomó y se marchó.

«Mandé á mi mancebo que la siguiese, y la siguió, y volvió luego golpeado como la otra vez. Pasóse otro espacio de tiempo sin que ella volviese; mas volvió al cabo y se sentó, y después de un rato de conversación, me dijo:—«Cuéntame quinientos dinares que necesito.»—Yo quise decirle:—«¿Por qué causa te he de dar mi dinero?»—Mas lo que había en mi corazón me dificultaba la palabra. Antes bien tembloroso y pálido, olvidaba luego lo que pensaba decirle, y me hallaba en la situación que pintó un poeta diciendo:

«Mi amor decirle quería,
Mas, al verla de repente,
Enmudece la voz mía,
Y sólo al llorarla ausente
Vuelvo á mi amante porfía.»

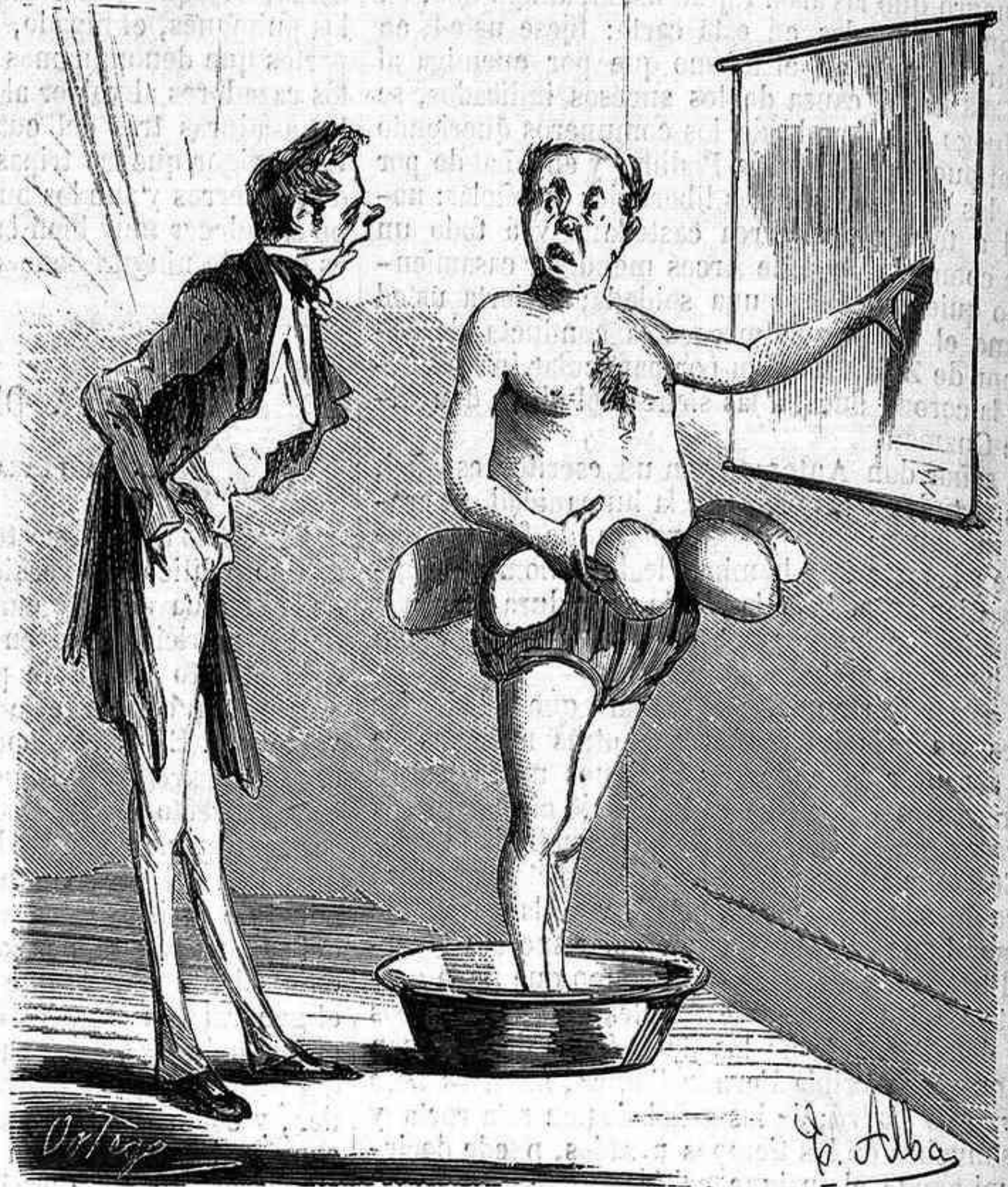
«La dí, pues, los quinientos dinares y los tomó y se levanto. Y la seguí esta vez en persona hasta que llegó al mercado de las perlas, donde se dirigió á un hombre y le tomó un collar de pedrería en quinientos dinares; y como volviéndose me viera, me dijo:—«Cuéntame otros quinientos dinares.»—Dijele al dueño del collar:—«Ponme en cuenta esa cantidad.»—Y se levantó su dueño y me sirvió diciendo:—«Oyendo y obedeciendo.»—Seguila después, y se llegó á los perfumistas y tomó de ellos almizcle y ambar en trescientos dinares, y me dijo:—«Dáselos.»—Marchóse luego, y yo en pos de ella, hasta que llegó al río Tí-

(1) Significa señor.

ACTUALIDADES.



—Eh, buen amigo, ¿que hace usted ahí?
—Preservarme del calor y de las chinchas.



Como todo es cuestion de ilusion en este mundo, recorro el mapa mientras me baño y me figuro estar en San Sebastian ó Biarritz.

gris, y se embarcó en una nave; y yo la hice señas besando la tierra; pero ella se alejó enviándome una sonrisa. Y yo me quedé parado contemplándola hasta que llegó á su casa; y mirándola con atencion, ví que era el alcázar del califa Almotarracquil, que á la sazón reinaba.

»Con esto quedé atónito y trastornado de corazon y de espíritu, y me volví atrás, y me entró toda la pena del mundo al considerar que ya le habia yo dado tres mil dinares, y sin saber por qué, oh Emir de los creyentes.—«Este dinero (dije para mí) ya lo tengo perdido.»—Entonces fui á mi madre, y se lo referí todo y ella me dijo:—«Allah te libre, oh hijo mio, de encontrarte más con ella, porque perecerás.»

»Me senté, pues, en mi tienda, y como viniese á verme mi dependiente en el mercado de los perfumistas, que era un varon anciano, me dijo:—«Oh señor mio, cuéntame lo que te pasa.»—Contéle todo cuanto me habia ocurrido con ella, y me dijo:—«Oh señor mio: esa es una de las doncellas del alcázar y la predilecta de Almotarracquil, y asi nada podrás con ella cuenta, pues, tu dinero como si lo hubieras dado por Allah, y no ocupes mas tu corazon con esa mujer; pero si insistes en encontrarte con ella, dímelo para que yo disponga algun plan de provecho y no mueras.»—Díjeme:—«Sí, por Allah, mi corazon arde en amor de ella.»—Dejome, pues, y se fué, y yo permanecí aguardando hasta fin del mes, y hé aquí que mi amada se presentó y me alegré á su vista, y ella me dijo:

—«¿Qué cosa te movió á seguirme?»—Respondí:—«Lo que hay en mi corazon hácia tí.»—Y empecé á llorar en su presencia. Lloró ella tambien, compadeciéndose de mí, y me dijo:—«¡Por Alláh! que no hay en tu corazon cosa alguna que no la haya tambien en el mio y aun mayor. Pero ¿qué he de hacer? No hay entre nosotros más medio que el de verte todos los meses una vez.»—Dicho esto, me entregó una cédula y me dijo:—«Toma esta cantidad de manos de mi encargado.»—Le respondí:—«No tengo necesidad de dinero, porque mi dinero y mi alma todo es prenda tuya.»—«Pues bien, añadió ella, ya veré de concertar algun medio por donde podamos llegarnos el uno al otro, aunque sea difícil.»

»Con esto se despidió de mí y se marchó, y yo me dirigí al xequé perfumista y le referí todo el suceso. Le llevé luego á la casa del sultan y le enseñé la puerta por donde habia entrado la doncella, y permaneció un rato suspenso, meditando en algun ardid. Y como viesé un sastre que tenia su taller cerca de la puerta rodeado de muchos oficiales, díjeme:—«Por medio de este sastre podias llegar á tu propósito, si Allah quisiese. Rásgate, pues, una manga, y llégate á él para que

te la cosa; y cuando te la hubiere cosido, dále diez dinares.»—Fuí, pues, y tomé dos piezas de brocado rumí, y llevándolas al sastre, le dije:—«Corta de aquí cuatro vestiduras, dos anchas y dos más estrechas.»—Y cuando las hubo cortado, y me las entregó, le dije:—«Toma una para tí, otra para el que está presente, otra para el xequé y la cuarta para el portero.»—Con este motivo, me senté á su lado y conversé con él largamente, y luego hice que el sastre cortase otra tela, y cuando la hubo cosido, la colgó á la puerta de la tienda para que la viesén cuantos pasaban por el camino. Y á todo el que salió del alcázar del califa y le agradó alguna de las prendas colgadas, yo se la regalé de buen grado incluso al portero.

Pasados asi algunos dias, me dijo el sastre:—«Quiero, hijo mio, que me digas con sinceridad lo que te sucede, porque tú has traído hasta cien cortes preciosos que valen mucho dinero; y has regalado los más de ellos, y esta en verdad no es accion de mercader, porque el mercader especula con el dinero. ¿Tanto es tu capital y tantas tus ganancias cada año que puedas hacer tales donativos? Cuéntame, pues, tu verdadera historia para que yo te ayude; pues de lo contrario vas á empobrecerte. ¡Por Allah! te conjuro: ¿no estás enamorado?»—«Sí» le respondí.—«¿Y de quién?»—«De una de las doncellas del alcázar.»—«Maldígala Allah», exclamó el sastre, ¡y cómo provocan á los hombres! «Pero ¿quién es la doncella?»—«No la conozco, respondí.»—«Pues píntamela.»—Se la pinté y me dijo:—«¡Ay de tí! Esa es la citarista del sultan Almotarracquil y la predilecta de él. Pero ella tiene un esclavo blanco, del cual te haré amigo, y por su medio acaso podrás llegar hasta ella.»

A LOS SEÑORES SUSCRITORES

DE

EL MUSEO UNIVERSAL.

Al adquirir la propiedad de este periódico, lo hicimos con el firme propósito de que solo nos sirviera de base para dar á luz en España una publicacion ilustrada que estuviese á toda la altura de la civilizacion actual.

Dominados por esta idea, no hemos cesado un instante de preparar los elementos necesarios para que, al realizarla,

aparezca la nueva publicacion tal como corresponde al titulo que llevará y á los adelantos de nuestra época.

Todo ha sido necesario crearlo, porque empresas de semejante magnitud no se improvisan; pero muy poco es ya lo que falta para que *La Ilustracion Española y Americana* vea la luz pública en Madrid en reemplazo de *El Museo*, y en obsequio á los suscritores de *La Moda Elegante Ilustrada*.

Damos este anticipado aviso á nuestros suscritores para que sepan que nuestras ofertas de mejoras tocan al término de su completa realizacion, y que asi como con *La Moda Elegante Ilustrada* hemos llegado á colocarnos á la altura de las primeras publicaciones extranjeras de su clase, asi tambien abrigamos la conviccion de poder llegar al mismo resultado con *La Ilustracion Española y Americana*, para lo cual, segun tenemos acreditado, no omitiremos sacrificios de ninguna especie.

Tiempo es ya de que la reproduccion, por medio de las ilustraciones, de todos los acontecimientos de nuestro pais, sea patrimonio de los españoles, sin tener que recurrir para conocerlos á las ilustraciones extranjeras.

Nuestra empresa, como se ve, tiene un fin altamente patriótico, y por eso debemos contar con la cooperacion de todos.

Madrid 1.º de agosto de 1869.

A. DE CARLOS.

ABELARDO DE CARLOS, EDITOR.

ADMINISTRACION, CALLE DE BAIEN, NÚM. 4.—MADRID.
IMPRESA DE GASPARD Y ROIG.